

La calle
Maestras
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 15 de mayo de 2008

Evoquemos hoy, Día del maestro, a las mujeres que bien o mal contribuyeron a nuestra formación en una época y una situación ya remotas: una colonia casi marginal en la ciudad de Pachuca, a mediados del siglo pasado.

A todos sus hijos, como a los de muchísimas familias, nuestra madre nos ofreció las primeras luces. Había improvisado lo que con exceso de optimismo llamábamos “una escuela”, y que no era sino la sala de una vivienda de barriada dotado de un mobiliario abigarrado en que no abundaban los pupitres propiamente dicho. Allí aprendimos a leer y a escribir y por ello, cuando fuimos inscritos en la escuela de la localidad, llamada Teodomiro Manzano en honor (no en memoria porque el anciano profesor vivió para recibir en vida ese homenaje) no permanecemos más que un mes en el primer grado, acaso harta la profesora Librada de pretender enseñarnos lo que ya sabíamos. Comenzamos entonces, ya iniciado el año, el segundo grado, impartido por la profesora Lupe, como entre nosotros llamábamos a Guadalupe Segovia o Mejía (uno de los dos apellidos era el de casada). Impreparada para la enseñanza (en las vacaciones acudía a los cursos del Instituto federal de capacitación del magisterio) que como su nombre lo indica en esos años formaba sobre la marcha a los docentes que no habían pasado por la escuela normal, no le agradaba su función y maltrataba a sus escolares. Practicaba el pésimo hábito de desplegar sobre su escritorio diversos objetos, requisados a sus juguetones alumnos, que de pronto se convertían en proyectiles para llamar la atención de algún hablantín, de algún distraído. Una vez lanzó a la cara de Jaime Martínez (que al correr de los años sería un competente ingeniero electricista, gerente en Luz y Fuerza en la capital hidalguense) la goma de un pedal de bicicleta. Pudo haberle estropeado un ojo si el proyectil no da en uno de los sobrados cachetes de nuestro compañero.

El paraíso se abrió al iniciarse el tercer año. Estaba a cargo de Carmen Alvarado, una mujer alegre y generosa que trataba cariñosamente a sus alumnos, como si fueran los hijos que no tuvo (aunque en años avanzados de su vida adoptó a dos). Su entusiasmo era contagioso y premiaba con muestras de sincero afecto a quienes respondían a sus enseñanzas. Por lo que toca a nosotros, cuando advirtió nuestro interés por la historia (pues un día, culpables de no haber escrito la tarea tuvimos que improvisarla y contamos la vida de Morelos como si la hubiéramos escrito en nuestro cuaderno), lo alimentó de diversos modos. Uno de ellos consistía en invitar a quien al paso de los años se convertiría en este espectador, para que por las tardes consultara en su domicilio los grandes volúmenes de México a través de los siglos. Por eso y por mucho más, pedimos a nuestra madre que la profesora Carmen fuera su comadre, nuestra madrina de primera comunión. La aceptación materna fue inmediata, no obstante que los usos y costumbres de la época reservaban a los padres esa elección, que solía recaer en una tía, un primo u otros miembros de la familia.

Quizá por un azar burocrático o porque ella se encariñó con esa generación, la maestra Alvarado lo fue también en nuestro cuarto grado. Cuando lo concluimos e iniciamos el siguiente valoramos en mayor medida su gratísima presencia (cuando nos abrazaba tuvimos la primera sensación de mujer en nuestra vida), pues nos tocó la desgracia de tener a Margarita Rivas, quizá más desagradable que la profesora Lupe de segundo año. Más como no hay mal que dure cien años, en el sexto la fortuna nos sonrió de nuevo en la persona de María García. Era una profesora ya experimentada que sin embargo no daba muestra de fatiga y menos de trabajar sólo para salir del paso. Proponía lecturas novedosas y estaba siempre dispuesta a oírnos.